

# PELOTARIS CÉLEBRES.



## IRÚN.

Hace dos años, Juan José Gorostegui, Irún, era un pelotari de segundo orden, desigual, inquieto, aturdido, á quien volvia loco Malcorra, un jugador mediano que se inutilizó muy pronto, y del cual nadie se acuerda ya.

Marchóse Irún á Buenos Aires; jugó allí una temporada y volvió á San Sebastian hecho un coloso.

Habianse equilibrado sus facultades encauzando la fuerza terrible, el poder del brazo; el pelotari pisaba la plaza seguro y firme, como los espadas en los toros cuando toman el terreno para matar; pegaba mucho y pegaba bien, atacaba y se defendía, y traía una bolea, un látigo, tan duro, tan hermoso y tan elegante, que bastaba por sí solo á asegurar el éxito de un partido y á despertar el entusiasmo de todos los concurrentes.

La admiracion que causó entónces Irún en Jai-Alai no puede describirse. El pelotari se apoderó del público desde el primer instante, se hizo en el acto el jugador de moda, y desde el Urumea hasta el Bidasoa, desde el Urola hasta el Nervion, su nombre voló, repercutió, se extendió por Guipúzcoa y por Bizcaya, como algo extraordinario, algo fenomenal destinado á infiltrar nueva sávia, á imprimir animacion y vida insólitas al *sport* guipuzcoano.

Irún acá, Irún allá, Irún en las calles, Irún en los mercados, Irún en las plazas, Irún en las tertulias, Irún en los cafés, en todas partes Irún.

No habia medio de evitar la obsesion irunense diaria, atroz, inso-

portable, que se había apoderado de todos, indoctos é inteligentes, al revelarse Juan José en San Sebastian como incomparable pelotari.

Jugaba entonces con Recondo, á quien llevaba de zaguero siempre, y se entendían ambos tan bien, había tal armonía entre la defensa y el ataque, formaban contraste tan atractivo el terrible ímpetu del delantero y la táctica vigorosa, sobria y brillante al mismo tiempo del jugador de atrás, que los dos parecían encerrar, en admirable conjunto, todo cuanto la lucha en los frontones tiene de noble, de viril y de bella en sus manifestaciones más variadas, en sus choques más enervantes.

Irún y Recondo constituían la pareja invencible. Elicegui, Portal, Beloqui, Mardura, el Manco de Villabona, Portal menor (Samperio no jugaba entonces por hallarse lastimado), delanteros, zagueros ó ambidextros, todos tenían que ceder ante el poder, la fiereza y la maestría de aquellos Erkmann-Chatrion de los frontones.

Enfermó del brazo Recondo, y la fortuna tornóse inconstante para Irún; pero cuando perdía un partido, lo mismo que cuando lo ganaba, veíasele siempre en la cancha enérgico, arrojado, incansable, cubriendo él solo á veces la plaza entera, haciendo todos los juegos, sin ceder jamás un punto de su ímpetu y de su valor.

Y basta su presencia para comunicar á los partidos insólito interés; enardecer los ánimos y elevar á su colmo el entusiasmo de todos los espectadores.

Madrid lo ha visto ahora, de paso, en cuatro partidos, y el efecto que ha producido Juan José en la corte de España ha sido inmenso, á pesar del deplorable partido con que se inauguró el Jai-Alai madrileño.

—Jamás—me decía él mismo, hace pocos días—he visto un partido peor. Si mi adversario erraba tres pelotas, yo erraba cinco. No sabíamos dónde estábamos, no veíamos la pelota. ¡Qué público tan bueno! Si es en Buenos-Aires nos echan á puntapiés de la cancha.

Los demás partidos fueron mejores; el último notabilísimo. El público madrileño se entusiasmó grandemente; los cuatro jugadores Irún, Portal, Muchacho y Tandilero se hacen lenguas de la benevolencia, del cariño con que los han tratado en Madrid, vienen realmente enamorados de la corte, y no creo lejano el día en que podrá decirse: Esto matará á aquello; Madrid matará á Buenos-Aires.

La historia de Irún, como la de la mayoría de los pelotarís, es un poema: el poema de la miseria.

Sus padres eran pobres: ella limpiaba despojos en el matadero de Irún, él cortaba leña en el monte. La lucha por la existencia se inició para Juan José en cuanto este pudo mover una herramienta.

Como Gayarre, empezó por golpear el hierro, fué herrero durante cinco años, trabajando mucho y comiendo poco. Los músculos del brazo derecho adquirieron así la consistencia del acero.

En 1885, el cólera arrebató á los padres de Irún, que tenia entonces diez y siete años. Amparóle una hermana suya, la única que tenia; pero contrajo matrimonio al poco tiempo y marchóse con su marido á Tolosa, donde se estableció y reside actualmente.

La fortaleza del padre de Irún era extraordinaria. Atacado de los síntomas premonitorios del cólera, fué al monte cuatro ó cinco días seguidos y cortó leña; trabajó sin apurarle su estado.

Cuando, exhausto completamente de fuerzas se rindió al terrible morbo, no hizo sino acostarse y morir en la miserable buhardilla de una posada.

El dueño de ella se apiadó de la situación en que Irún había quedado, sin padre, sin madre, á los 17 años de edad, con una hermana recién casada á quien quería entrañablemente, de la cual era correspondido y cuyo matrimonio establecía entre ellos inevitable separación.

La República Argentina era entonces tanto ó más que ahora, Jauja para los pobres. El posadero adelantó á Irún la cantidad indispensable para embarcarse en Burdeos. Juan José se embarcó y llegó á Buenos-Aires con un duro.

En el muelle se echó el menguado equipaje al hombro y dió con su cuerpo en un café, el café de Bayona, y desde allí en una herrería, donde trabajó medio año, golpeando el yunque y muriéndose de hambre.

Quiso mejorar de estado y salióle una contrata para Quilmez, población cercana á la capital. Había en aquel pueblo una fábrica de ladrillos donde se ocupan obreros italianos, alemanes, españoles, en abigarrada promiscuidad de costumbres y de idiomas.

Irún amasó allí la arcilla, acarreó los ladrillos, en cuclillas á veces, metido otras en el fango hasta las corvas, en aquel establecimiento industrial donde reventaba el mozo, pero comía.

Quilmez poseía un trinquete, con cuyo dueño trabó amistades Juan José. Comenzó por jugar á mano, cogió después la cesta, pagó más adelante un duro por hora para aprender á manejar el instrumen-

to, y, entre miserias y decepciones de todo linaje que sería prolijo enumerar, dióse por fin á conocer como pelotari en Buenos-Aires con suerte varia, hasta revelarse como extraordinario jugador que hoy admiran todos los públicos.

La figura de Irún dice enseguida lo que es su juego. De estatura regular, fornido, atlético la cabeza levantada entre los hombros como empujada por el vigor de los músculos, parece encajada entre ellos por un golpe de maza y se adelanta naturalmente en actitud de acometer.

La acometividad, ese es Irún. No entra á la pelota, la embiste, no pega solamente con el brazo; pega con la cintura, con la cabeza, con los hombros, clavando los piés en el suelo, recogiendo todo el busto, sin perder un átomo de fuerza.

Tiene el poder que castiga la pelota, el ojo que le hace servirse bien, la ligereza que le hace cubrir diez cuadros, la flexibilidad que le permite escorzarse, doblarse, caerse y levantarse como un *clown* cuando le acosan en las dos paredes; la resistencia que le conserva fresco siempre; todas las cualidades, en fin, en que debe sobresalir el delantero.

Sus boleas rasas son formidables; sus boleas por elevacion elegantísimas. La pelota tiene, al dar en la pared, el estallido de un cohete, y silba como una bala cuando el pelotari la coge dentro y tira á rematar.

Es el jugador más limpio que conozco en la bolea. Encesta la pelota en la punta, sin ruido, sin detencion, y la lanza con gran gallardía, con vigor, con elegancia incomparables.

Solo Vicente Elicegui y Roman Beloqui pueden admitir comparacion con él en sus arranques, en esos momentos de ansiedad en que falla el jugador zagüero y hay que jugar el todo por el todo para igualar la lucha.

Juan José es entonces una locomotora en continua trepidacion. Se le oye vibrar en una vaporizacion desordenada; va y viene adelante, en medio, atrás, afina su saque formidable, entra á todas las pelotas dislocándose el brazo, dando brincos como una fiera, y no hay zagüero que resista aquel látigo feroz, que acaba por matar la pelota adelante, ó enviarla fuera del fronton.

Le he visto tomar, en un tanto admirable, siete boleas seguidas, tomar en ellas la pelota en los diez cuadros, y acabar por mandarla á la tierra, entre las aclamaciones del público.

Su único fallo es el revés, fallo discutible, porque el revés es, por

decirlo así, juego pasivo; sirve para defenderse, y Irún ha nacido para atacar. Si ganara en el revés perdería en la bolea, y la bolea es y será siempre el arma más temible del gran jugador cuyas excepcionales condiciones le han hecho uno de los más admirables pelotaris del día, y el que, en la actualidad, produce mayor entusiasmo en los frontones.

Quien apueste por Irún puede tener la seguridad de que Juan José defenderá el dinero con alma y teson, desde el primero hasta el último tanto, como cantidad propia, sin darse por vencido hasta el fin.

Con él no hay dudas; podrá un día venirle el santo de espaldas, medir mal la pelota, desconcertarse, errar; pero no faltará jamás el arranque supremo, ese tremendo cuarto de hora, la calentura del leon, durante la cual asumirá él solo la responsabilidad de un partido y sembrará el pánico en la plaza y se apoderará de sus adversarios con su resistencia incomparable, con su indomable energía, con su maravilloso poder.

Por eso tiene tantas simpatías, por eso posee tantos admiradores. Cuando pierde una partida, puede más en él el desconsuelo del dinero perdido á su favor que la mortificación del amor propio; lo que le interesa en primer término son las apuestas de sus devotos; lucha por ellas esforzadamente, con solicitud inagotable, con cariño fraternal.

Ya he dicho ántes que está enamorado de Madrid; él, que es brusco y se descompone fácilmente fuera de la plaza, se transforma cuando habla del público de esta corte.

Su fiereza cede, su fisonomía se ablanda, sus palabras se dulcifican; parece el enamorado que recuerda á la novia ausente en suave y nostálgico ensueño.

El infortunado herrero, el obrero de Quilmez que amasaba el ladrillo, el paria de ayer, ha pasado de las galeras al falansterio.

Hoy es rico, tiene numerosos admiradores y divide su cariño entre su hermana, á quien adora, y una joven eibarrense, hermosísima, con la cual dicen que se unirá en matrimonio.

Le sonrío, en fin, actualmente la fortuna, y es de esperar, por lo tanto, que no vuelva á conocer nunca sus *reveses* quien, como el gran pelotari, no tiene más fallo que el *revés*.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Irún y Julio á 12 de 1891.

